

El pensamiento Ciceroniano y las catilinarias

Alberto Betancourt Arango
Traducción del Inglés por el ponente

Sección V. del capítulo VIII
Del texto de Will Durant "Literature
Under the Revolution".

V. La pluma de Cicerón

Orgullosa de sus discursos y consciente de su importancia en la formación del patrimonio literario latino, Cicerón sintió fuertemente las críticas de la escuela "ática" y se defendió en una larga serie de tratados sobre la oratoria. Diseñó en vívidos diálogos, la historia de la elocuencia romana y echó las bases de la composición, prosa, ritmo y elocución. No admitió que su estilo era "ático", decía que su modelo había sido Demóstenes y recordó a los Aticistas que su estilo frío y falto de pasión hacía que el auditorio se durmiera o se escapara.

De Cicerón nos han llegado cincuenta y siete discursos que ilustran todos los recursos de su exitosa oratoria. Se distinguen en la presentación apasionada de algún problema o carácter, mantienen atento al auditorio mediante el humor o la anécdota, convocan a la vanidad, al prejuicio, al

sentimiento, al patriotismo y a la misericordia, exponen inmisericordemente las faltas reales o informadas, privadas o públicas de sus opositores o clientes, el saber desviar la atención en una forma muy sutil de los puntos desfavorables, la acumulación de interrogaciones retóricas con el fin de hacer difícil sus respuestas o al menos peligrosas la repartición de las acusaciones en sentencias periódicas cuyas cláusulas son laxas y cuyo torrente de oratoria las excede. Sus discursos no son imparciales (fair), son difamaciones más bien que declamaciones, resúmenes que toman ventaja de la libertad o abuso que aunque prohibida en el Teatro, se permitía en el Foro y en las Cortes. Cicerón no duda en aplicar a sus víctimas términos como “cerdo”, “peste”, “verdugo”: A Pisón le dice que las vírgenes se matarían a sí mismas para evitar ser víctimas de sus excesos y arremete contra Antonio cuando sabe que su propia esposa es víctima de sus coqueteos. Las audiencias y los jurados se gozaban con tales vituperaciones y nunca las tomaron suficientemente en serio. Cicerón, unos años después de este brutal ataque In Pisonem, sostiene una correspondencia amable con Pisón. Hay que admitir que los discursos de Cicerón abundan más bien en egoísmo que en sinceridad moral, sabiduría filosófica o aún en profundidad y agudeza legales. Pero qué elocuencia: Demóstenes no alcanzó tal viveza, vitalidad, flexibilidad exuberante, tanta sal y pimienta en la palestra humana. Ciertamente, nadie ni antes ni después de Cicerón, se expresó en un latín tan fluido y seductivamente encantador, tan elegantemente apasionado, fue éste el zenit de la prosa latina. César, al dedicarle a Cicerón su libro “La Analogía”, le dice muy generosamente: “Tu fuiste el primero en emplear este recurso oratorio. En consecuencia has colocado al pueblo romano bajo una fuerte obligación y has hecho honor a tu patria. Has ganado un triunfo superior al de los grandes generales, pues es una acción más noble extender las fronteras de la inteligencia que los límites del Imperio Romano.

Sus discursos amenazan a los políticos, sus cartas desnudan al hombre y hacen que aún los políticos sean susceptibles de perdón. Casi todas sus cartas fueron dictadas a un amanuense y nunca fueron revisadas por Cicerón y la mayoría fueron escritas sin la intención de ser publicadas. Rara vez la intimidad del alma de un hombre se ha expuesto en una forma tan nítida y transparente. “Quien lea estas cartas, dice Cornelio Nepote, no necesita haber conocido la historia de los tiempos que corrían”. En

ellas puede verse desde adentro la parte más vital del drama revolucionario, sin mentiras ni ambigüedades. Su estilo es directo y sin arte y se mueve entre el humor y el testimonio: su lengua se mueve entre una atractiva gracia literaria y la simplicidad coloquial. Las cartas de Cicerón son los remanentes más interesantes de su obra, de la realidad de la prosa latina sobreviviente. Es natural que encontremos en una correspondencia tan extensa (824 cartas, 90 de ellas a Cicerón) contradicciones ocasionales y faltas de sinceridad. No se encuentran signos de misericordia o de piedad religiosa como aparecen frecuentemente en sus ensayos o en sus discursos cuando apostrofa a los dioses en un tono solemne. Su opinión privada de varios personajes, especialmente de César, no siempre guarda relación con sus opiniones públicas. Su increíble vanidad aparece más amable en sus discursos, donde parece que llevara su propia estatua doquiera fuese: irónicamente confiesa que “mi propio aplauso tiene para mí el máximo peso”. Es delicioso encontrar muchas cartas acerca del dinero y muchas otras cosas acerca de los hogares de los demás. Al lado de las “modestas” villas en Arpino, Asturas, Puteoli y Pompeia, tenía una propiedad en Formia avaluada en 250.000 sextercios, otra en Músculo en 500.000 y otra en el Palatino cuyo costo se calculaba en 350.000 sextercios. Tal despliegue de comodidad parece ultrajante para un filósofo.

Pero quien de nosotros es tan virtuoso que su reputación pueda salir bien librada con la publicación de su correspondencia íntima? Realmente cuando nos adentramos en la lectura de estas cartas casi que llegamos a congratiamos con el hombre. No tenía más defectos y mayor vanidad que la que todos tenemos; cometió el error de inmortalizarse con una perfecta prosa. A lo mejor puede tenersele como un trabajador esforzado, un padre cariñoso y un buen amigo. Lo vemos en su hogar entretenido con el amor de sus hijos y de sus libros, tratando de darle amor a su reumática e irritable Terencia cuya fortaleza y elocuencia igualaron a la de su esposo. Fueron demasiado ricos para ser felices, sus preocupaciones y disputas fueron siempre en función del dinero; finalmente ya viejo se divorció de su esposa por una disputa financiera. Poco después se casó con Publilia, cuya principal atracción era que tenía más dinero que años; pero cuando ésta comenzó a tener problemas con Tulia la hija de Cicerón, éste la repudió también. Cicerón quiso a su hija Tulia en exceso, casi que se enloquece con su muerte y quiso consagrarle un templo como a una Diosa. Agra-

dable es la correspondencia con su esclavo Tiro, su secretario principal, quien tomaba sus dictados en taquigrafía y manejaba sus finanzas, tan hábil y honestamente que Cicerón en prueba de reconocimiento lo manumitió. Más numerosas son sus cartas a Ático quien manejó los ahorros de Cicerón, lo sacó de dificultades económicas, publicó sus escritos y siempre le dio excelentes y desinteresados consejos. En todo el zenit de la revolución, Ático se retiró prudentemente a Grecia y Cicerón le escribe una carta de encanto y cordialidad ejemplares.

Nada hay que me haga tanta falta como una persona con quien yo pueda comunicar libremente todo lo que me sucede, que me quiera y que sea prudente; a quien pueda hablarle sin adulaciones, disimulo o reserva. Mi hermano que es todo candor y bondad, está distante... Y tú, que frecuentemente has suprimido mis preocupaciones y ansiedades mediante tu consejo, que eras mi compañía en los asuntos públicos y mi confidente en los privados, con quien compartía todas mis palabras y pensamientos, dónde estás?

En aquellos turbulentos días cuando César cruzó el Rubicón, venció a Pompeio y se proclamó dictador, Cicerón se retiró momentáneamente de la vida política y buscó refugio en la lectura y escritura de los filósofos. Ático le dice en una de sus cartas: *...Acuérdate de no dar tus libros a nadie y conservarlos para mí como me lo prometiste. Mantengo el afecto más fuerte por ellos y cualquiera otra cosa me disgusta en este mundo...* En su juventud hizo la defensa del poeta Archias, el más encantador y modesto de todos sus discursos donde exalta la literatura como *nutricia de la adolescencia, adorno en la prosperidad, fuerza y sostén de la vejez*. Siguiendo su inclinación, en poco menos de dos años, escribió toda una biblioteca de filosofía. La disolución de las creencias religiosas en las clases altas había dejado un vacío moral, que amenazaba hundir al imperio por la desintegración caracterológica y social. Cicerón pensó que la filosofía podría ser un sustituto de la teología que diera a estas clases una guía y un estímulo para el recto modo de vivir. Resolvió no constituir un sistema filosófico más, sino sintetizar las enseñanzas de la sabiduría griega y ofrecerlas como un último regalo a su pueblo. Fue lo suficientemente honesto cuando confesó que su labor era en gran parte de adaptación y en veces de traducción de los tratados de Posidonio, Pamecio y otros griegos recientes.

Transformó la prosa dura de sus modelos en un latín limpio y elegante. Revivió sus escritos con el diálogo y pasó de largo los desiertos de la lógica y la metafísica preocupándose por los acuciantes problemas de la conducta y la política. Como Lucrecio, tuvo que crear una terminología filosófica, en lo que tuvo un gran éxito y supo poner el lenguaje y la filosofía a su haber. Desde Platón ninguna filosofía ganó una prosa tan trabajada.

Sus principales ideas se originaron en Platón. No le agradaba el dogmatismo de los Epicúreos quienes *hablan de las cosas divinas con tanta seguridad que uno se imaginaría que vienen de una Asamblea de Dioses*. Tampoco aprobaba a los Estoicos al decir: *...Es de suponer que están al servicio de los humanos...* teoría que Cicerón, bajo otros aspectos, encontraría creíble. Su punto de partida es el de la Nueva Academia, un escepticismo suave que negaba toda certeza y encontraba que la posibilidad era suficiente para el desarrollo de la vida humana. Escribe: *En la mayoría de los casos mi filosofía es dudar, puedo dejar de pregonar lo que yo no sé*. Aquellos que desean saber mi opinión personal, demuestran un grado irracional de curiosidad; pero su reticencia rápidamente llevó a la expresión de su talento; desprecia los sacrificios, los oráculos, augurios y dedica todo un tratado a condenar la adivinación. Contra el extendido culto de la astrología se pregunta si todos los hombres muertos en Cannes habían nacido bajo la misma estrella. Duda aún que el conocimiento del futuro sea agradable tal como sucede con la verdad que tratamos de conocer con todas nuestras fuerzas. Piensa en vano disponer sin rodeos de las viejas creencias para burlarse de ellas fuera de los estrados judiciales: *Al llamar Ceres al trigo y Baco al vino, usamos una figura común del lenguaje, pero piensa usted que haya una persona tan loca que de ella puedan alimentarse los Dioses? Sin embargo es un escéptico del ateísmo y de cualquiera otra concepción dogmática. Rechaza el atomismo de Demócrito y Lucrecio: Es imposible que los átomos anárquicos aún en tiempos infinitos puedan convertirse en el orden existente del Universo, como si las letras del alfabeto pudieran espontáneamente formar los Anales de Ennio. Nuestra ignorancia de los Dioses no es garantía de su no existencia y realmente, Cicerón dice, que el consenso general de la humanidad afirma un equilibrio de posibilidades a favor de una Providencia. Concluye que la religión es indispensable para la moral privada y el orden público y que ningún hombre consciente debería atacarla. Al*

paso que escribe en contra de la adivinación, cumple las funciones de augur oficial. No era totalmente hipócrita, esto lo llamaría política de estado. La moral, la sociedad y el gobierno estaban fuertemente unidos a la religión y no podían dejarla desaparecer. (Los Emperadores razonarían en estos términos al perseguir al Cristianismo). Cuando murió su querida Tulia, Cicerón, más que nunca se inclinó fuertemente a la inmortalidad de las personas. Muchos años antes, en el *Sueño de Escipión*, con el que termina *La República*, tomó de Pitágoras, Platón y Eudoxus, el complejo y elocuente mito de una vida más allá de la tumba mediante el cual la muerte gozaría de una eterna beatitud. Pero en su correspondencia privada, aún en las cartas que escribía a sus amigos que habían sufrido un duelo, no aparece, por ninguna parte, el consuelo de una vida eterna.

Conociendo el escepticismo de la época, conformó su moral y los tratados políticos a bases puramente seculares, independientes de las sanciones sobrenaturales. En el tratado de *Finibus*, comienza preguntándose por el camino de la felicidad y termina de acuerdo con los Estoicos que basta tan solo con la virtud. En el tratado de *Los Deberes* examina el camino de la virtud y temporalmente tiene éxito por el encanto de su estilo, en hacer del deber un concepto interesante. Escribe: *Todos los hombres son hermanos y el Universo debe considerarse como la ciudad común de los hombres y los Dioses*. La moralidad más perfecta radica en la lealtad con este Universo. El hombre inmediatamente se debe a sí mismo y a la sociedad para establecer una base económica adecuada a su vida y luego a cumplir sus deberes como ciudadano. La sabiduría en la conducción del Estado es más noble que la filosofía más sutil.

La monarquía es la mejor forma de gobierno, supuesta la bondad del monarca, pero cuando éste es malo, es la peor; mírese el ejemplo de Roma. La aristocracia es buena cuando hay un óptimo gobernante; pero Cicerón, como miembro de la clase media, no podía admitir totalmente que las antiguas familias enraizadas, eran las mejores. La democracia es buena cuando las gentes son virtuosas, lo que nunca sucede, y por lo demás está viciada por la falsa suposición de igualdad. La mejor forma de gobierno es una constitución mixta, como Roma antes de los Gracos: el poder democrático de las asambleas, el poder aristocrático del Senado, el poder casi real de los cónsules durante un año. Sin controles y equilibrios la monarquía se

convierte en despotismo, la aristocracia degenera en una oligarquía, la democracia pasa a ser un caos y una dictadura. Cinco años después del consulado de César, Cicerón sufre una desviación en sus conceptos.

Platón dice que de la licencia exagerada que las gentes llaman libertad, los tiranos emergen como de una raíz... y que finalmente tal libertad reduce a una nación a la verdadera esclavitud. Cada cosa en exceso se convierte en su contrario... pues de ese populacho ingobernado sale ordinariamente electo el líder... alguien osado e inescrupuloso... que gana favores con las gentes, dándoles lo que pertenece a los demás. A este hombre a quien sobran razones para temerlo como ciudadano privado, se le da la protección de la cosa pública y constantemente se la renueva. Se rodea con una guardia armada y emerge como un verdadero tirano sobre los pueblos que lo llevaron al poder.

Pese a todo, César ganó y Cicerón pensó enterrar su descontento en los campos melódicos de la ley, la amistad, la gloria y la edad provecta. **Silent leges Inter, arma**, había dicho Cicerón: –las leyes callan en tiempo de guerra– pero al menos podía barruntar sobre la filosofía de las leyes. Siguiendo a los Estoicos, definió la ley como *la recta razón en concordancia con la naturaleza*. i. e. La ley busca hacer estables y ordenadas las relaciones que nacen de los impulsos sociales de los hombres. *La naturaleza nos inclina al amor de los hombres (sociedad) y este es el fundamento de la ley. La amistad debe descansar no en las mutuas ventajas sino en los intereses comunes cimentados y libertados por la virtud y la justicia; la ley de la amistad debe ser: No deben pedirse cosas inconvenientes, ni hacerlas si son solicitadas.* Una vida honorable es la garantía mejor de una vejez placentera. Una juventud indulgente e intemperante entrega a los años un cuerpo prematuramente gastado, pero una vida bien llevada puede proporcionar un cuerpo y un alma sanos por muchos años. Testigo Masinissa. La devoción y dedicación al estudio pueden hacer *que uno no esté consciente de la llegada de la vejez*. La juventud como la vejez tienen sus glorias –una sabiduría tolerante, el respetuoso amor de los niños, la fiebre del deseo y la ambición desaparecen. El anciano puede temer la muerte, excepto si su mente ha sido conformada por la filosofía. Más allá de la tumba habrá, al menos, una vida nueva y más feliz, y en el peor de los casos habrá paz.

Con todo, los ensayos filosóficos de Cicerón son pobres en resultados, como su acción política, se mueven a la ortodoxia y a la tradición. Tenía toda la curiosidad de un científico y toda la timidez de un burgués; aún en su filosofía se mostró como un político, reluctante a perder un solo voto. Reunió las ideas de los demás y pesó los pro y los contras tan bien que uno no sabe si las concepciones son propias o ajenas. Solo una cosa redime estos libritos, esto es, la simple belleza de su estilo. Cuan agradable es el Latín Ciceroniano, qué agradable de leer, cuan agradable y suavemente fluye la corriente del lenguaje cuando narra los acontecimientos, provoca una atención en cadena del lector; cuando describe caracteres lo hace con tanta propiedad que uno se apena por no haber sido el máximo historiador de Roma; cuando se le deja marchar espontáneamente florece en cláusulas balanceadas y períodos violentos que aprendió de Isócrates, con los que hacía estremecer al Foro. Sus ideas pertenecen a las clases superiores, pero su estilo busca agradar al pueblo; trabaja por ser claro para las gentes del pueblo y salpica sus abstracciones con sal y gracejos. Recreó la lengua latina. Amplió su vocabulario. Hizo con él un instrumento flexible para la filosofía lo que adaptó como vehículo de aprendizaje y literatura en la Europa occidental por 1700 años. La posteridad lo recuerda más como un autor que como un hombre de Estado. Cuando a pesar de todos sus recuerdos, los hombres olvidan la gloria de sus consulados, acarician sus conquistas en las letras y en la elocuencia. Mientras el mundo honra tanto la forma como la sustancia, a las artes como al conocimiento y al poder, Cicerón conquistó de todos los romanos una fama tan solo inferior a César. Fue una excepción que nunca perdonó.

Tomado de *Store of Civilization. César and Christ. Will Durante.*

Febrero 24 de 2005